



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
MONTEVIDEO



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
Trabajo final de grado

El apego y el juego en el infante, y su relación con el
proceso de simbolización. Una mirada psicoanalítica.

Estudiante: Andrés Márquez Pallares

CI: 3.285.922-9

Tutor: Prof. Adj. Mag. Evelina Kahan

Fecha: Montevideo, julio 2016

Índice

Resumen	2
1. Introducción	3
2. Vínculo temprano y apego	4
2.1. Tipos de Apego.....	5
3. Ritmos, sincronías y cuidados maternos	6
4. La importancia del juego desde la perspectiva psicoanalítica	12
4.1 El jugar en Freud.....	12
4.2 El jugar en Anna Freud.....	13
4.3 El jugar en Melanie Klein.....	15
4.4 El jugar en Winnicott.....	16
4.5 El jugar en Weigle.....	18
4.6 El jugar en Rodolfo.....	19
5. Procesos de estructuración psíquica y surgimiento de la simbolización.	21
6. Reflexiones finales	27
7. Referencias bibliográficas	29

Resumen

En el presente trabajo se pretende reflexionar sobre el vínculo temprano en la díada madre/hijo, la importancia del apego y sus repercusiones en el desarrollo del individuo y como precursor de lo lúdico en el niño.

Por otra parte se destaca el papel del juego en los niños, el cual le permite elaborar y transitar en forma voluntaria y activa las situaciones de angustia que vivenció pasivamente accediendo a su representación simbólica.

Este proceso de simbolización contribuye positivamente a la estructuración psíquica del infante que dará lugar al pensamiento y a la capacidad de abstracción en el futuro.

Se consideran los aportes de algunas investigaciones para la comprensión de la relación madre/hijo en contexto de juego y su relación con el proceso de simbolización.

En este trabajo se enfatizan los aportes de S. Freud, M. Klein y D. Winnicott, entre otros para la comprensión de los aspectos planteados.

Palabras clave: *vínculo temprano, juego, simbolización, infante.*

1. Introducción

Se considera de importancia el vínculo temprano a la hora de pensar el desarrollo psicológico del infante desde el comienzo de su vida. Se toman diferentes autores, que enfatizan la importancia de las primeras relaciones de cuidado de la madre para con su niño. Estos cuidados se ponen en marcha con acciones concretas de sostén y atención, que se extenderán en el tiempo posibilitando así el paulatino juego de encuentro/desencuentro, que se manifestará en el orden de lo simbólico dentro de las posibilidades evolutivas del niño.

Los primeros contactos que experimenta el infante con su madre al nacer son de relevancia para su ulterior desarrollo afectivo, cognitivo y social. Experiencias que paulatinamente contribuirán a la estructuración de su aparato psíquico.

La consolidación en épocas tempranas del vínculo madre/bebé favorece la instauración de la relación de apego, acompañada de una adecuada estimulación, ritmos (tacto, mirada, voz, movimientos, sostén etc.), contribuirán a que se establezca un psiquismo saludable.

Por otro lado el juego en el infante es un indicador de salud, bienestar y placer. Este paulatinamente posiciona al infante dentro de un espacio al que podrá acceder a través del acompañamiento de cuerpo y psique de su madre que habilitará el lugar por donde se deslizará el deseo, comprendiendo el significado del juego simbólico en el desarrollo.

Las diferentes etapas que transita el niño a lo largo del desarrollo temprano permiten comprender el recorrido y la significación estructurante de la actividad lúdica.

El establecimiento de estos procesos lúdicos son y constituyen el ligamen para la estructura psíquica y la formación yoica. Para el logro de un Yo bien estructurado y diferenciado el infante transitará desde la simbiosis omnipotente al no-yo como negatividad actuante en la estructuración del psiquismo, dando lugar a la formación del pensamiento

Los diferentes aportes de autores clásicos como actuales contribuyen con sus teorías a una más clara comprensión de los procesos mencionados en la cual se esperan que sean en este trabajo, estímulo para seguir incursionando e investigando.

2. Vínculo temprano y apego

La denominada conducta de apego hace referencia inmediata a las primeras relaciones conductuales diádicas madre-hijo/a. Bowlby, J. (2012) afirma: “Y creemos que tales sistemas de conducta se desarrollan en el bebé como resultado de su interacción de adaptación evolutiva y, en especial con la principal figura de ese ambiente, es decir, la madre” (p. 252). Si bien Bowlby, J. en sus investigaciones hace un recorrido por la conducta de apego en animales (primates superiores), observó que el repertorio conductual de los recién nacidos en estos primates semejaban a los del recién nacido humano. En este caso la característica inicial es la prematuridad, fragilidad entendida ésta como desvalimiento, desamparo frente al medio ambiente. Incapaces por sí mismos de asegurarse la supervivencia se ponen en marcha determinadas operaciones instintivas heredadas (pulsiones agresivas como libidinales) (Freud, S, 1926).

(...)” en una etapa determinada del desarrollo de los sistemas de conducta responsables del apego, la proximidad de la madre se convierte en una meta prefijada.” (...)” que contribuyen a forjar el apego: succión, aferramiento, seguimiento, llanto y sonrisas” (Bowlby, J, 2012, p. 251).

Estas manifestaciones hacen que la figura de apego, generalmente la madre, modifique su accionar para realizar determinados cuidados, sean el amamantar, bañar, mirar, sostener, acariciar y besar. El bebé necesita ser reconocido y acogido en sus necesidades de contacto físico desde el pezón materno al abrazo que soporta tanto psíquica como físicamente. A través de ello la madre inicia la libidinización del bebé.

De esta manera los cuidados maternos colaboran en la organización psíquica del bebé. Asimismo, el bebé necesitará de la seguridad materna para comenzar paulatinamente con la indagación del entorno y poder desarrollar todo su potencial. Es imperativo nutrirlo de estímulos táctiles, auditivos, visuales, como forma de comunicación brindándole confianza y seguridad al pequeño para el desarrollo y el crecimiento.

2.1 Tipos de apego

El apego comienza su desarrollo durante el primer año de vida, concretamente en los primeros nueve meses. Según estudios experimentales que realizara Mary Ainsworth et al (citado por Bowlby, J, 2012), destaca tres pautas de apego que se observó en niños de un año. Encontrando principalmente útil la dimensión de *seguridad* en el apego del niño con su madre.

- Apego Seguro. Muestra ansiedad ante la separación breve, buscan el contacto con su madre, sonriendo y alegrándose en presencia de ella y retornando a sus juegos, teniendo a su madre como base segura. Para que se llegue al alcance de este determinado grado de apego seguro, el infante debe ser satisfecho en sus necesidades tanto de alimentación y contacto de forma regular y sostenida en el tiempo. Lo relevante de esta conducta materna es la calidad y oportunidad con que la atención es brindada.

- Apego Inseguro y Esquivo. El infante demuestra escasa ansiedad de separación ante el retorno de su madre. Sonríe poco en presencia de ella manifestando escasa confianza aun cuando logra tenerlo en brazos. Los niños cuando comienzan la marcha se comportan de una manera diferente según se encuentre o no su madre, dando lugar a una exploración confiada del entorno. En ausencia de ella esto les puede provocar ansiedad e inhibición frente a lo no conocido

- Apego Inseguro, Ansioso y Rechazante. El niño demuestra ansiedad ante la separación oscilando entre la búsqueda de proximidad y contacto con su madre y oponerse a la interacción con ella. EL llanto-llamada como trama defensiva y pasiva de reacción es frecuente y se muestran ambivalentes en su conducta frente a ella (tratan a un extraño de manera más amistosa que a su madre).

La importancia que revisten las descritas acciones de apego se constituirán como estructura posibilitadora de la capacidad vincular a desarrollarse. Vínculo emocional ligado desde el comienzo de su historia vital, que se desliza con el desarrollo del bebé como sujeto social en relación con los otros. Que tiene su origen en sus componentes y apoyaturas biológicos.

El Neonato suscita en la madre un comportamiento que, a su vez, lo gratifica a él, y viceversa, o sea que la madre despierta en el neonato un comportamiento que la gratifica a ella. (...)” el llanto del niño atrae a la

madre y la induce a alzarlo; al hacerlo, el niño suele aplacarse, abrir los ojos y seguirla con la mirada (Klaus, M. & Kennell, J, 1978, p. 72).

¿Qué implican, habilitan estas pautas de apego para el desarrollo del infante?

Desde el medio ambiente proporcionado por su madre desde la vida intrauterina, las condiciones de posibilidad que han de desarrollarse se van determinando por un intercambio cada vez más intenso del vínculo emocional afectivo madre-hijo/a. Es en esta relación precoz en donde se van apuntalando los ritmos y sincronías de la madre para con su bebé y este para con ella.

3. Ritmos, sincronías y cuidados maternos

Los ritmos y sincronías marcan progresivamente las pautas de comunicación verbal, semántica, con el afecto corporal, de piel a piel con su niño. “Los ritmos se imbrican en una interacción recíproca, mutua, en que madre e hijo quedan “engranados” (...) (Bernardi, R, Schkolink, F, Díaz Rosello, J, 1982, p. 3).

(...)” madre e hijo buscan hacer coincidir sus ritmos mediante miradas, vocalizaciones y movimientos. De este modo alcanzan una situación de acoplamiento que es placentera para ambos” (Bernardi, R, Schkolink, F, Díaz Rosello, J, 1982, p. 9).

Entre tanto, Guerra (2015), propone dos nociones de ritmo para entender la conducta que ponen en juego la madre o él/la cuidadora:

Ritmo Básico: corresponde a las acciones de la madre al momento de dormir al bebé. Proporcionando una experiencia que denomina *cercana a la fusión*, que se mantiene con regularidad con pocas modificaciones y rupturas.

Ritmo Interactivo: por el contrario se articula con la combinación de *continuidad-discontinuidad*, produciendo así variantes en el ritmo haciendo que el bebé este alerta e interviniendo en su entorno.

Estas experiencias sostenidas en el tiempo proporcionan un resguardo de las tempranas angustias del bebé, asimismo, oficiando como efecto, medio de organización subjetiva, estructuración yoica temprana. Permitiendo a la madre-hija/o el encuentro-desencuentro de intersubjetividades, siendo mediatizadas por el lenguaje

corporal, verbal, los gestos, el movimiento, la voz. (...) “que habilitará las primeras formas de “*simbolización en presencia*” experiencia fundante que posibilitará la elaboración de la ausencia y el acceso a la representación del objeto” (Roussillon, citado por Guerra, V, 2015, p. 139).

Para Winnicott (1965), el *cuidado materno satisfactorio* atañe entre otros a una serie de comportamientos ligados al sostén del bebé.

El sostenimiento comprende en especial el hecho físico de sostener la criatura en brazos y constituye una forma de amar. Acaso sea la única que permite a la madre demostrar su amor por la criatura. Las hay que saben sostener una criatura y otras que no; estas últimas no tardan en producir una sensación de inseguridad, acompañada por los consiguientes lloros de la criatura. Todo esto conduce a la instauración de las primeras relaciones objetales de la criatura y sus primeras experiencias de satisfacción instintiva; no sólo conduce a ellas, sino que también las incluye y coexiste con ellas (Winnicott, D, 1975, p. 56).

Por tal razón se pretenderá referir a la singular interacción que se sostiene en la diada favoreciendo paulatinamente esa intercomunicación, con el mundo interno y externo de ambos. La inclusión y coexistencia de las satisfacciones instintivas en el primitivo psiquismo del bebé, ofrecen a la madre un registro por el cual ella, dada su condición de madurez evolutiva pone a disposición del bebé su propio Yo, actuando según considere. Se trata ésta de la postura conceptual de Winnicott, (1975) que difiere a la propuesta por Melanie Klein (1952), en tanto sostiene que la pulsión de muerte (irrupción de la angustia) opera en la interioridad del organismo determinando la puesta en marcha de precoces procesos defensivos. Dando lugar a los primeros objetos parciales, “pecho bueno” (que lo alimente) “pecho malo” (persecutorio) “pene bueno”, “pene malo”. Procesos defensivos realizados por el precoz Yo del bebé desde el nacimiento, capaz de proyectar e introyectar los objetos bueno o malos. Boca y pezón, empalme que gratifica o frustra, deslizan la posibilidad de evocar potencialmente sustituciones que anteceden simbolismos. (López de Caiafa, C, 2009, p. 34).

El bebé trae consigo un potencial heredado, que sólo puede desarrollarse vinculado al cuidado materno. El sostén y el “vivir con” son conceptos importantes, relacionados al cuidado materno.

Otro concepto relevante es el de *madre suficientemente buena*, en oposición al de *madre aparentemente buena*. La primera es capaz de comprender y satisfacer de una forma casi mágica las necesidades del bebé (ilusión), mientras él esté fusionado con ella. En determinado momento, la fusión finaliza y se produce un cambio, la madre ya no se adapta totalmente a las necesidades del bebé y, en él surge la capacidad de emitir una señal para expresar su necesidad.

La adaptación “total” de la madre suficientemente buena a las necesidades del bebé, generan en este la ilusión de que el pecho materno es parte de él, el cual (...)”lo crea una y otra vez a partir de su capacidad de amor o de su necesidad” (Winnicott, D, 1982, p. 28). Pero debe llegar el momento en el que la madre desilusione en forma gradual al bebé y, a partir de ahí el infante irá comprendiendo que su madre es distinta a él, que se encuentra separada de él.

Se produce una tensión entre la realidad interna y la realidad externa del niño, es ahí donde adquiere importancia la zona intermedia de experiencia, zona en la que se desarrollan los fenómenos transicionales y los objetos transicionales. “Dicha zona es una continuación directa de la zona de juego del niño pequeño que “se pierde” en sus juegos” (Winnicott, D, 1982, p. 31).

Transición que atraviesa el bebé, entre el estado de fusión con su madre y un estado en el que se relaciona con ella como algo exterior y separado de él. Por regla general, las madres se identifican, de una u otra forma, con el bebé que crece en sus entrañas, lo cual les permite emplear una potente capacidad para intuir las necesidades del bebé. Se trata de una identificación proyectiva.

(...) de esta manera habrá veces que la apreciación materna de las necesidades del bebé no se ajustará a la realidad. Sin embargo, al parecer, lo corriente es que las madres no deformadas por la mala salud o por la tensión ambiental cotidiana tiendan, en conjunto, a saber con suficiente exactitud cuáles son las necesidades de sus hijos y, además, gusten de satisfacerlas. He aquí la esencia del cuidado materno (Winnicott, D, 1975, p. 61).

Winnicott (1993), piensa el vínculo entre el infante y el cuidado maternal como algo simbiótico, relacional en los primeros momentos del desarrollo. Transcurso fundante para la paulatina diferenciación que ocurrirá en estadios posteriores en el desarrollo.

(...) el ser humano tiene la posibilidad de recorrer desde la dependencia absoluta del medio ambiente a una independencia relativa, desde la subjetividad total no organizada a un mundo compartido. Esto implica que en el recorrido se deberá aceptar la existencia de un mundo que no sea el propio yo, es decir, el mundo no-yo (Winnicott, D, 1982, p. 26).

Winnicott (1982) reconoce que el recién nacido comienza sus primeras actividades con el uso del chupete, introducirse el puño en la boca que le genera placer y excitación y como defensa contra la inseguridad y angustia del niño. Se pueden realizar otras observaciones con respecto a otros objetos materiales del entorno que poseen ciertas características: ser blandos, (chupete, muñeco, sabanita) están dentro de la zona intermedia de experiencia y poseen características paradójicas, no provienen del exterior ni del interior del sujeto. El objeto es tanto el propio niño como el deseo de un objeto. El objeto transicional representa a la madre, al pecho materno, o el primer objeto de relación, que según Winnicott es anterior a la prueba de realidad. Este proceso permite al sujeto distinguir los estímulos que proceden del mundo exterior de los estímulos internos evitando así la confusión entre lo que el sujeto percibe y lo que se representa, (Laplanche, J, Pontalis, J, 1971).

Para Winnicott (1982), los objetos y fenómenos transicionales confluyen en un área virtual de experiencia en la que interactúa la realidad interna (subjetiva) como la externa posibilitando así un espacio ilusorio, transicional, una "zona Intermedia de experiencia". Esa zona intermedia de experiencia agenciara como vínculo que se constituirá en espacio potencial asentando la creatividad personal, iniciando el surgir de los objetos, mediatizando la función del juego y las actividades culturales. Vincularidad del bebé consigo mismo, con sus propios sonidos, gestos, con su madre "suficientemente buena", que aporte a las necesidades del self (sí-mismo) del bebé.

El autor distingue:

a) *El verdadero self* que resulta de los cuidados maternos, de una madre “suficientemente buena” que responde a la omnipotencia del niño dándole significación al devenir del yo del niño. En esta condición surge el gesto espontáneo, entendido como lo más real del sujeto, (...)” es creador y espontáneo, existe simultáneamente la capacidad para el empleo de símbolos” (Winnicott, D, 1975, p. 181). Por lo tanto el self verdadero surge tanto de los procesos biológicos, somáticos, (vida misma) ligados al proceso primario, a las necesidades del Ello.

b) *El falso self* actúa como defensa ocultando y protegiendo al self verdadero. En los sujetos sanos, es toda cualidad amable y bien educada (adaptada) que permite vivir en sociedad, renunciando en cierta medida al proceso primario. Así se puede apoderar de un lugar en la sociedad, lo que jamás podría lograrse ni mantenerse sólo con el self verdadero. Asimismo, en la patología, el falso self reemplaza al verdadero y le permite a éste una forma de vida oculta, es decir, la preservación del individuo a pesar de condiciones ambientales desfavorables.

Si la madre no es “suficientemente buena” y, por lo tanto, no es capaz de percibir y responder a las necesidades del niño, ésta sustituirá el gesto espontáneo de aquél por una conformidad forzada con su propio gesto materno. Esta repetida conformidad será la base del modo más temprano del falso self, como estructura de defensa que asume prematuramente las funciones maternas de cuidado y protección. El niño se adapta al medio, al mismo tiempo que protege a su verdadero self, fuente de sus impulsos más personales, frente a amenazas, heridas y hasta la destrucción.

Este vínculo original entre madre e hijo, es la fuente donde manan después todos los vínculos que habrá de entablar el niño y constituye la relación formadora en cuyo transcurso el niño adquiere noción de sí mismo. Para toda la vida la fuerza y carácter de este vínculo influye sobre la calidad de todos los futuros vínculos que se establezcan con otras personas (Klaus, M. & Kennell, J, 1978, p.16).

El progresivo desarrollo de la relación madre/niño, permitirá el despliegue de los primeros encuentros lúdicos, (...) “espacio genuino donde se despliega la actividad creadora, que permite al niño transitar de la ilusión y el control omnipotente a un

sentido de realidad exterior” (Winnicott, D, citado en Duhalde, C, Tkach, C, Esteve, M, et al. 2011, p. 240).

Se toman los aportes de una investigación longitudinal acerca de la relación entre el niño y su madre, la cual se planteó indagar cómo se manifiesta el Funcionamiento Reflexivo Materno (FRM), descrito como:

(...) la capacidad materna de sostener en su mente la noción de que su hijo es un sujeto que tiene sus propios sentimientos, deseos e intenciones, le permite al niño descubrir su propia experiencia interna vía la experiencia que la madre tiene de él. En consecuencia la madre provee una base segura para dicho descubrimiento que permite que el niño desarrolle un sentido de sí mismo conectado y separado de su madre (Huerin, V, Zucchi, A, Duhalde, C, et al. 2006, p. 216).

En dicha investigación se distingue una interacción diádica convergente y otra divergente.

En cuanto a la interacción diádica convergente (una madre que le presenta juguetes, estimula al niño con su mirada, gestos, etc.), mayor es la afinidad y presencia de juego simbólico complejo (modo “como sí”). Madre y niño comparten una agenda de juego, intercambiando afecto relacionado a tal situación, dedican 61% en estos intercambios

Mientras que cuando existe una interacción diádica divergente, las madres y sus hijos muestran en el juego funcional (no hay “como sí”), el uso de los diferentes objetos no trasciende lo convencional (el juguete es lo que representa), expresan dificultades para definir un espacio y juego en común, o juego no interactivo, reportando menor desarrollo y complejidad en sus juegos, utilizan sólo el 11,7% del tiempo válido en dicho intercambio (Duhalde, C, Tkach, C, Esteve, M, et al, 2011, p.241).

Estos resultados muestran que la construcción del proceso de simbolización y su despliegue lúdico, está profundamente ligada a la interacción madre- bebé, o a quién cumpla la función de la misma.

4. La importancia del juego desde la perspectiva psicoanalítica

4.1 El jugar en Freud

Freud (1908), se pregunta por el poeta y su creación literaria a la que remite la labor del mismo con el juego del niño.

(...)” Todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio... “inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada” (p. 127).

Freud nos acerca a la dimensión de lo poético en el juego del niño/a. Observa la transición que opera sobre la realidad interna, en donde sentimientos y conflictos tanto del niño como del poeta son recursos utilizados para expresar el deseo.

¿Qué relación, valor a futuro tienen la creación poética y el juego del niño para Freud?

La creación poética se puede presentar como sustituta en el adulto, de aquellos primeros juegos en la vida del niño. Anticipando lo que algunos autores desarrollarán con diferentes teorizaciones, como proceso de transformación en la estructuración del psiquismo para comprender el juego y la importancia de éste en el infante.

En 1920, Freud nos describe la actividad lúdica de un niño de 18 meses, conocido como el *juego del carretel* o *el for-da*. El juego consistía en arrojar el carretel que seguía atado a un piolín por entre las barandas de su cuna que después tirando del piolín volvía al carretel. Freud dice que el niño representa sus fantasías tanto agresivas como amorosas (ambivalencia), mediante la repetición del juego por la angustia de la partida de la madre. Y poder elaborar esas fantasías, que por otro lado repetían el hecho traumático vivido por él. A través de estas categorías de presencia-ausencia, expulsión-aparición, pérdida y recuperación, se describe el intento del niño por el control sobre el objeto cuando se enfrenta con la experiencia de separación. Este acercamiento y alejamiento del objeto posibilita el reconocimiento de lo que está fuera del alcance. Se comienza entonces con un paulatino trabajo de discriminación, porque existen muchas cosas que son no-yo y no-madre.

“Es que la posibilidad que algo no esté (vida-muerte) se constituye como organizador psíquico. Como señala Fedida (1978), “el juego inventa un lugar para la ausencia

precisamente para permitir a la ausencia tener lugar” (citado por Casas de Pereda, M, 2015, p.34).

Según Freud (1920), el hecho de arrojar el objeto *para que se vaya* corresponde a la satisfacción de un impulso reprimido por el niño de vengarse de la madre por su partida. Asimismo, afirma que el juego del chico está anticipado por un deseo dominante; el de ser grande y adulto y poder hacer lo que las personas adultas hacen.

a) el juego es una *actividad simbólica*, en la que el niño escenifica la ausencia y el retorno de la madre de una forma distinta a la real.

“La relación entre juego y simbolización va a estar dada por la elaboración de la ausencia y la evocación de la experiencia que se inscribe en el psiquismo en constitución” (Duhalde, C, Tkach, C, Esteve, M, et al, 2011, p. 240).

b) entraña una *elaboración*, ya que mediante ésta el niño intenta manejar una situación conflictiva y desagradable, haciendo activo aquello que sufrió pasivamente.

Si bien Freud en su producción no profundiza en el juego ni el psicoanálisis de niños, a través de su trabajo de 1905 narra los juegos de movimiento pasivo indicando que los niños insisten en pedir su repetición, como el juego de mecerse prueba del placer que producen ciertos movimientos mecánicos.

c) En 1920, esboza conceptos importantes, principalmente la idea del juego como un tratamiento de lo traumático, idea que será retomada por los autores psicoanalíticos que se volcaron a estudiar el juego dentro del contexto psicoterapéutico.

4.2 El jugar en Anna Freud

Según esta autora el análisis de niños se inscriben principalmente en la interpretación de los sueños, ensueños diurnos y dibujos. Hace restricciones a la utilidad lúdica como material para el análisis. Afirmando que la utilidad del juego no tiene el valor de las asociaciones verbales. Considerando el juego como una técnica auxiliar. Si bien Anna Freud (1965), reconoce el valor del juego permitiéndole ver los impulsos del Ello, no le permite observar el funcionamiento del Yo.

Aborda sus trabajos poniendo el acento en los conflictos del desarrollo, trabajando más desde el Yo y dejando de lado el Ello.

Asimismo, desarrolla su propia teoría sobre el juego al que lo incluye dentro de las líneas del desarrollo. *“Desde el cuerpo hacia los juguetes y desde el juego hacia el trabajo”* (p.67). Describiendo los siguientes momentos:

1) El juego al comienzo es una actividad que le proporciona al niño placer erótico implicando su propio cuerpo, boca, ojos, piel (autoerótico) o, con el cuerpo de la madre sin una clara distinción entre Yo-no Yo.

2) Las características del propio cuerpo o el de la madre se transfieren a ciertas sustancias suaves, osito de peluche, pañal, alfombrita, que se ofrecen como primer objeto de juego.

3) Los objetos son libinizados, que como objetos simbólicos son acariciados y maltratados alternativamente, permiten al niño expresar la gama completa de ambivalencia hacia ellos, sin ser reprimido por ello.

4) En el día van desapareciendo estos objetos pero continúan su función a la hora de dormir. Estos objetos se suplen durante el día por otros juguetes que no poseen la misma carga objetal, pero que igualmente sirven a las operaciones yoicas y a las fantasías subyacentes.

5) El placer que el niño encuentra al jugar va dejando lugar al placer por el producto final de la actividad. Además, esto es considerado requisito indispensable para el buen rendimiento escolar del niño.

6) Se logran integrar ciertas facultades como; el control, inhibición, manejo de materiales en forma constructiva (sin tirarlos, acumularlos o desbaratarlos), tolerancia a la frustración y el pasaje del principio del placer al principio de realidad. Facultades que permiten el desplazamiento de la capacidad lúdica a la capacidad laboral (del Yo) durante el período de latencia.

7) Luego surgen los hobbies y los juegos estructurados.

Para la participación de los niños en los juegos estructurados, es necesario haber adquirido algún grado de adaptación a la realidad y poseer cierta tolerancia a la frustración. Los hobbies comparten ciertas características con los juegos y el trabajo: deben ser iniciados con fines placenteros y con una relativa indiferencia a las presiones y necesidades externas. Estas hacen su aparición por primera vez en el período de latencia y, pueden permanecer como forma específica de actividad durante toda la vida. (Freud, A, 1965, p.71).

4.3 El jugar en Melanie Klein

El juego como lenguaje:

A diferencia de Anna Freud la técnica creada por Klein para el análisis de niños, se basa principalmente en el juego como continuación de las investigaciones realizadas por Freud. Por consiguiente, frente al obstáculo encontrado por Freud por la falta de asociaciones libres en los niños, Klein, M (1932), encuentra en el juego una técnica de análisis homologable a la regla fundamental freudiana "...ya que, jugando, el niño habla y dice toda clase de cosas que tienen el valor de asociaciones genuinas" (Klein, M, 1932, p. 28). Justamente estas diferencias entre la mente infantil y la del adulto son las que le develaron el modo de llegar a las asociaciones del niño y así acceder a su inconsciente.

Además, Klein, M (1932), considera las verbalizaciones del niño mientras juega o dibuja como logros importantes a la hora de decidir si el análisis se ha desarrollado con éxito. El juego es considerado como forma de expresión de fantasías, miedos, deseos y experiencias. En su trabajo de 1955 relata que su primer paciente, su hijo, un niño de cinco años, *Fritz*, que mediante la aplicación de la técnica psicoanalítica del juego, el niño expresó sus fantasías y ansiedades. "El niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos" (Klein, M, 1932, p. 27). Interpretó las palabras y juegos del pequeño para dar cuenta que las prácticas del juego y el comportamiento en general es una forma de decir aquello que el adulto expresa con palabras.

En 1926, hace referencia en la equivalencia entre sueño, juego y fantasía como manifestaciones del inconsciente. (...) "en su juego los niños representan simbólicamente fantasías, deseos y experiencias. Emplean aquí el mismo lenguaje, el mismo modo de expresión arcaico, filogenéticamente adquirido con el que estamos familiarizados gracias a los sueños" (Klein, M, 1926, p.132).

Al considerar el equivalente entre juego y los sueños establece la posibilidad que en aquel (el juego), se manifiestan las legalidades del inconsciente a través de los mecanismos de condensación y desplazamiento.

Impulso del juego:

Mantiene que detrás de toda actividad lúdica existe un proceso de descarga de fantasías masturbatorias. Este proceso opera como una compulsión a la repetición constituyendo el mecanismo fundamental del juego infantil y de todas las sublimaciones siguientes.

Además, enfatiza que todas las inhibiciones en el juego son producto de una fuerte represión de aquellas fantasías y con ellas se reprime toda la vida imaginativa del niño. La actividad lúdica ocupará un lugar primordial en la vida de los niños. La forma en que se juega revelará sentimientos, ansiedades y angustias.

4.4 El Jugar en Winnicott

Para Winnicott, D (1979), el juego es satisfactorio cuando conduce un determinado monto de ansiedad, pero cuando este se eleva, resulta insoportable y destruye al juego. La actividad lúdica es un tema en sí mismo: Lo primero que hace el autor es marcar la diferencia con la concepción Kleiniana.

El jugar es un tema en sí mismo

Afirma que el psicoanálisis ha considerado al juego estrechamente con la masturbación. Si bien en el juego, señala este autor, hay una fantasía, una excitación, ...”este debe ser estudiado como un tema en sí mismo y complementario al concepto de sublimación del instinto” (p.62).

El jugar en el espacio y el tiempo

“El jugar tiene un espacio y un tiempo” (p.64). No se encuentra ni adentro ni afuera. Por lo tanto no forma parte del mundo interno ni del mundo no-yo. Señala que el juego se crea entre el bebé y su madre, en un espacio potencial, espacio que varía según las experiencias vitales de cada niño con su figura materna. Ese espacio potencial se opone al mundo interno y a la realidad externa.

El juego como salud

Es considerado como indicador de salud en el niño o posible perturbación.

Lo universal es el juego, y corresponde a la salud: facilita el crecimiento y por lo tanto esta última conduce a relaciones de grupo; puede ser una forma de comunicación en psicoterapia y; por último, el psicoanálisis se ha convertido en una forma muy especializada de juego al servicio de la comunicación consigo mismo y con los demás (p.65).

El proceso del juego

Plantea cuatro fases o momentos que atraviesa el niño en el desarrollo del juego.

A) Hay una fusión entre el niño y la madre. El bebé tiene una percepción subjetiva del objeto y la madre intenta hacer real lo que el niño está dispuesto a encontrar. Es la madre quien muestra al niño los juguetes.

B) Hay una visión más objetiva del objeto, siempre que haya una "buena madre", o de una figura materna en condiciones de participar de la escena. El objeto es repudiado, reaceptado y percibido más objetivamente. Este proceso de diferenciación requiere de una madre dispuesta a jugar, a participar y devolver lo que se le propone.

Ella se encuentra en un constante "ir y venir" que oscila entre lo que el niño quiere que sea y, alternativamente, ser ella misma. Por esto el niño vive la experiencia de "control mágico", de omnipotencia, de confianza. Es en esa confianza que comienza el juego.

C) En esta etapa el niño puede encontrarse "solo en presencia de alguien". El niño juega confiado en una presencia interna de la madre que recuerda después de haberla olvidado.

D) El niño permite la superposición de dos zonas de juego y disfruta con ello. La madre es quien primero juega con el bebé, tratando de adaptar su actividad de juego al bebé. Luego introduce su propio modo de jugar, cuando el bebé está preparado para aceptar o rechazar esta introducción. Queda así posibilitado el camino para "jugar juntos en una relación" (p.72).

En efecto, al desarrollar su teoría sobre el juego Winnicott (1979), sugiere que los aspectos ambientales son de suma importancia que le permitirán al niño su desarrollo y creación lúdica. En tanto la función materna establecida generará confianza en el niño posibilitando la adquisición de “experiencias culturales”, que surgirán de un “vivir creador”.

4.5 El jugar en Weigle

En cuanto al juego en el niño pequeño, Weigle, A (1986), considera a este como una conducta con diversas significaciones tanto para el niño que juega como para el técnico que observa. Al igual que los objetos y fenómenos transicionales estos participan en la zona de superposición entre el mundo interno y el mundo externo, por lo tanto, la experiencia de ilusión se iguala a la vincularidad que se establece desde la subjetividad, que le permite generar una continuidad entre sus propios gestos y el objeto externo Winnicott, D (1993).

En el jugar es en donde se entrecruzan ambos mundos, crean la posibilidad de poder crear con un objeto material significados diferentes de los que se pueden observar a simple vista, no necesariamente ese objeto es lo que parece en el juego del niño, vitalizando el proceso de simbolización, los objetos y las palabras constituyen, representan otra cosa.

Plantea cinco líneas por las que discurren estas actividades:

Actividad estructurante

El niño es capaz de realizar acciones que integran con su actividad lúdica nociones de espacio y tiempo, coordinación perceptivo motriz. “Jugando el niño aprende, se entrena, razona, construye” (p.50).

Actividad placentera

El pequeño al jugar obtiene placer por el juego en sí mismo, el poder concluir una tarea, obtener un logro victorioso. Postura que se aleja junto con Winnicott de la planteada por Klein (1926). Para Winnicott la excitación corporal pone en peligro la continuidad del juego perturbando el sentimiento del niño.

Actividad creativa del juego

El pequeño toma los elementos de su realidad experiencial como de su mundo fantaseado y lo representa. Actividad que crea y recrea y, que por sí misma le produce placer.

Elaborador de conflictos

Conflictos con la realidad externa, que tengan que ver con prohibiciones, ansiedades, angustias externas e internas que mediatizadas por el juego, adquieren una posibilidad mayor de poder integrarlas a la realidad cotidiana de acuerdo a la capacidad del niño.

Valor para el técnico

Mediante la observación que puede realizar atentamente de su movilidad física, sus gestos, lenguaje corporal y oral y sus juegos. Todos estos datos sirven a la hora de pensar las diferentes estrategias a seguir, obtener información sobre la estructuración psíquica del niño, el estado de su Yo, tipo de identificación sexual, la constelación de conductas defensivas y otras que predominan, que estructura patológica se está desarrollando.

4.6 El jugar en Rodolfo

Rodolfo, R (1996), propone ir más allá en el descubrimiento sobre las (...) "funciones del jugar mucho más tempranas y fundantes que el *fort/da* de Freud y, que estarían ligadas a la edificación del propio cuerpo del niño" (p.138). Plantea que para entender a un niño tenemos que retroceder a dónde él no estaba aún, a su (...) "prehistoria en dirección a las generaciones anteriores (padres, abuelos, etc.)" (p.18). Asimismo, en la clínica además de indagar en los síntomas que el niño despliega, debe buscar el "mito familiar" (p.122).

¿Cuál es el lugar de ese niño en la familia? ¿Qué representa para sus padres antes de su llegada?

Una compleja trama de mitos e historias que se deslizan a través de imagos parentales, (prácticas cotidianas que incluyen, actos, dichos, normas educativas, regulaciones del cuerpo). Que envuelven al niño y le permiten la identificación de los significantes que rodean al mismo. Estos significantes circulan entre las personas que circundan al propio chico y que irán interviniendo en la constitución del niño, sin que por ello posean un (...)”esquema causal lineal” (p.27). Es lo que podemos observar en el juego/no juego del niño.

Los significantes poseen determinadas cualidades; *debe repetirse*, pero no está ligado únicamente al chico sino que atraviesa a todo el grupo familiar.

Como segunda característica se considera que cada signifiante tiene una nueva o diferente *significación* que producirán nuevos sentidos. Y, el tercer criterio es que posee *dirección*, por lo tanto lo conduce al chico a algún lado de su historia individual como familiar. En efecto, el mito familiar permite identificar los procesos del propio niño que provienen desde antes del nacimiento y que se anudan al funcionamiento del grupo familiar.

El jugar reviste de funciones tempranas que se conforman a través de tres etapas.

La primera función está en lograr un trazado de superficie sin volumen, un trazado de (...)”superficie sin agujeros” (p.138). Consiste en la *construcción de superficie*, ya que al principio al niño le es imposible crear- recrear un interior-exterior. Necesita rutinas estables, de un Otro que provea continuidad, que asegure la base desde la que se desarrollará el ser psíquico. Cuando hay fallas en esta primera función, cuando no se logra una superficie estable se pueden observar dificultades posteriormente en la adolescencia que tienen su origen en esta falta. El niño necesita armar (...)”una película en banda continua” (p.127). En esta banda está ubicado el cuerpo su madre y el suyo entre otros elementos que le permitirá construir superficie.

Desde estos momentos se podrán observar a los bebés desparramarse comida u otras sustancias sobre su cuerpo. Esta operación (...)” no hay ninguna operación sobre el espacio que no sea una operación sobre el propio cuerpo”. (p.139). Posibilita el proceso que posteriormente se denominará (...) “dentro/fuera” (p.127).

Como segunda función del jugar se observan juegos de *continente/contenido*.

Es decir el descubrir que dentro de una caja se pueden poner cosas así como sacarlas. El autor propone que la relación entre ambas operaciones es reversible, no necesariamente el continente es mayor que el contenido.

La reversibilidad, tanto espacial como temporal, de relaciones continente/contenido cuyo lazo es de ambigüedad y no de oposición, permite que la fantasía proceda con toda naturalidad a esta clase de operaciones, que se hallan en la base de lo que denominamos omnipotencia en el imaginario infantil (Rodulfo, R, 1996, p.141).

La tercera función propuesta puede verse a través de juegos como el *escondite*, comenzando al final del primer año. Son prácticas de *aparición- desaparición*, que llevan a juegos más complejos y reglados. Esta etapa se caracteriza por el cambio de significado al desaparecer, algo que antes provocaba angustia o inquietud, ahora provoca placer.

Además, en estos juegos se visualiza el goce de ser mirado por el Otro, se significa el ser en base a la mirada del otro. Algunos de los juegos a resaltar es el uso de la *puerta como cierre (...)* "desapareciendo así o haciendo desaparecer al Otro o a lo que fuere" (p.162).

Acontece lo mismo con el descubrimiento del *vidrio*, el cual ve algo pero no puede tocar. En estos momentos se ponen en acción en el vidrio un hacer desaparecer pero de otra dimensión de superficie.

Es importante destacar el juego del fort/da para que todo lo anterior sea posible. "El relativo fracaso en el lograr el fort/da inevitablemente complica toda la problemática edípica del niño. Si no puede franquear la denegación originaria, todo en aquella queda empastado en pegoteo fusional, dando por resultado manifestaciones pseudoedípicas" (Rodulfo, R, p.167).

El niño necesita armar imagos que le permitan esperar la vuelta de quién ya no está o, en algunos casos la sustitución del mismo. El simbolizar a través del fort/da posibilita que el niño pueda jugar solo un rato, Hasta el logro de (...)" jugar juntos en una relación" (Winnicott, D, 1979, p.72).

5. Procesos de Estructuración Psíquica y el Surgimiento de la simbolización.

Para referirnos al símbolo y al proceso de simbolización, nos vamos a remitir a lo trabajado por el psicoanálisis, ya que este concepto difiere según las diferentes disciplinas.

El psicoanálisis trabaja sobre la estructuración del psiquismo y, la importancia que para esto tiene la temprana relación del hijo/a con las funciones materna y paterna, de esa relación triádica se desarrollará el entramado de lo simbólico.

Freud, S(1950), al reconocer la indefensión, el desamparo del recién nacido y su necesidad de los otros para la inauguración de los primeros registros, de las primeras inscripciones psíquicas, despliega la dimensión del deseo en busca del objeto, que se deslizará como alivio de esa tensión. Apuntalado este recorrido por el principio de placer (López de Caiafa, C, 2009, p. 34).

Para Freud el pensamiento comenzaría a producirse en la vivencia de satisfacción y su pronta inscripción como huella mnémica. Freud, S (1900), muestra tres figuras que dan cuenta descriptiva del aparato psíquico llamado “los peines”. En la primera de estas tres figuras se marca un sentido que va de izquierda a derecha, en donde toda su acción, su movimiento parte de estímulos internos o externos, (sistema perceptivo, frío, calor, conducta motora), de aquí que se le determina un polo sensorial y uno motor: Por lo tanto, el proceso psíquico tiene su inicio en el extremo de la percepción y culmina en el de la motilidad. Así podemos describir que en algunas de sus “rayas” anticipan componentes que habrán de conformar la segunda figura. Este refiere a las huellas mnémicas tempranas identificadas como Mn, asociadas por analogías vinculadas sobre todo a lo sensorial, mamar del pecho materno, etc).

En la tercera figura Freud propone la intervención de regulaciones en el pasaje que va desde el polo perceptivo al polo motor incluyéndose también a la consciencia diciéndonos que el paso del recorrido no es uniforme. Vegh, I (2006), se pregunta por lo esencial de esta tercer figura, lo importante es entender el significado de esto, a lo que determina que la consciencia, no tiene una transparente, límpida percepción, sino que resulta alterada, conmovida por el inconsciente. De hecho el flujo, la salida de la percepción atraviesa una instancia que figura varias formas de acopiar el registro de

las huellas mnémicas, de estas al inconsciente de allí al pre consciente y luego a la consciencia.

En consecuencia, cada vez que se incrementa la tensión de la necesidad se reactivará la huella mnémica que contiene en sí la representación del objeto que viabilizó la satisfacción, es decir, boca y pezón a la vez. El bebé buscará la repetición de la satisfacción a través de la satisfacción *alucinatoria del deseo*, que para Freud establece el primer acto psíquico.

En cambio como la búsqueda de la repetición de la experiencia placentera por medio de la alucinación no produce la satisfacción esperada, el precoz psiquismo deberá inhibir la alucinación y retrasar los procesos de descarga, hasta que por medio del examen de realidad, pueda encontrar un objeto idéntico al anhelado.

Esto implica la mediación de procesos de pensamiento y de enlaces de representaciones. En las repetidas experiencias de satisfacción-insatisfacción se inscriben la noción de presencia-ausencia, siendo necesariamente la ausencia del objeto deseado la que conduce al reconocimiento del otro. Estableciendo enlaces de representaciones y haciendo intervenir los procesos de pensamiento que derivan en los *procesos de simbolización*. Por esta vía se daría paso de la *identidad de percepción* propia de la *alucinación*, a la *identidad de pensamiento*.

El despliegue de la capacidad de pensar y, por efecto el despliegue de la capacidad de simbolizar es indisoluble como bien la ha expresado Bion, W (1966), de la experiencia emocional. Entonces es en el vínculo, en la experiencia emocional y en la relación con el otro, que adquiere sentido la relación entre mundo interno y el mundo externo.

Por lo tanto, el desarrollo de la capacidad simbólica se efectúa como un proceso interno en los primeros instantes de la díada madre/bebé, sin la exclusión de la figura paterna. Por el contrario, las fallas en este proceso inevitablemente conllevan déficits en la elaboración de la experiencia emocional que alteran la función simbólica del niño, afectando de diversas maneras su *aparato de pensar* y, su modo de aprehender los procesos de aprendizaje.

Para Klein, M (1952), la formación de símbolos es una actividad promovida por el Yo llevada a cabo por la fantasía inconsciente (como la manifestación mental de los instintos) que es modificada por el Yo y, por la relación de objeto. Esta actividad se desarrolla desde el nacimiento y persiste toda la vida.

Según Segal, H (1979).

Supone que desde el nacimiento el yo es capaz de establecer y de hecho los instintos y la ansiedad lo impulsan a establecer relaciones objetales primitivas en la fantasía y en la realidad. Desde el momento del nacimiento el bebé se tiene que enfrentar con el impacto de la realidad, que comienza con la experiencia del nacimiento mismo y prosigue con innumerables experiencias de gratificación y frustración de sus deseos (Segal, H, 1979, pp. 20,21).

En Klein, M (1930), el bebé tiene fantasías tanto eróticas como agresivas, las mismas se centran en el pecho materno, pasando luego al interior de la misma.

La experiencia del mamar introducirá al bebé en la primera relación objetal con el cuerpo de la madre. Si se satisface el hambre-displacer, el niño fantaseará con un (objeto bueno) *pecho bueno* que lo alimente. Cuando esta conducta (el mamar) se concreta, el niño fantaseará con que el pecho real de la madre se fusione con el fantaseado por él. En caso contrario, si la necesidad (hambre) no se satisface en corto período de tiempo, el bebé se sentirá avasallado por la ira y el hambre y, fantaseará con un (objeto malo y persecutorio), *pecho malo*.

Segal, H (1979), afirma que la estructuración de la psique del bebé se define por dos posiciones. Esta entiende por posición a la (...) "configuración específica de relaciones objetales, ansiedades y defensas, persistente a lo largo de la vida" (Segal, H, 1979, p.17). Hay un primer momento que llama *posición esquizoparanoide*, que iría de los tres o cuatro primeros meses (el bebé se relaciona con objetos parciales), en la que se exagera el sadismo junto con el impulso epistemofílico, cuya meta es adjudicarse, apoderarse y destruir el cuerpo de la madre y atacarlo con todas las armas disponibles, como el sadismo oral, anal etc. Estos ataques sádicos promueven en la psique del bebé una profunda angustia, ya que él mismo se siente atacado y amenazado por su propio sadismo y por el de los objetos atacados. Las operaciones descritas ponen en marcha procesos defensivos como la escisión y la identificación proyectiva.

Con estas primeras proyecciones e introyecciones comienza a gestarse el proceso de formación de símbolos.

Estos símbolos son vivenciados como el objeto originario, Segal, H (1979) los denomina *ecuaciones simbólicas*. Para el establecimiento del símbolo propiamente hablando se requiere alcanzar la *posición depresiva*, que se alcanzaría en la segunda mitad del año, (el bebé reconoce a la madre como objeto total), que surgen cuando los sentimientos depresivos prevalecen sobre los esquizoparanoideos, cuando se puede tolerar la separación del objeto, la ambivalencia, la culpa y la pérdida.

La posición depresiva nunca llega a reemplazar por completo a la posición esquizo-paranoide; la integración lograda nunca es total y las defensas contra el conflicto depresivo producen regresión a fenómenos esquizo-paranoideos, de modo que el individuo puede oscilar siempre entre ambas posiciones (Segal, H, 1979, p.17).

Kristeva, J (2000), nos remite a otra función de la fantasía:

Las fantasías no se limitan a realizar las incitaciones pulsionales, puesto que también tienen una función defensiva. Procuran gratificaciones independientes de la realidad, incluso la deterioran. Estas gratificaciones acrecientan la omnipotencia del yo y le permiten defenderse de su propia destrucción (por ejemplo, la fantasía de ser atacado por el pecho “malo” es una defensa contra la sensación de autodestruirse al atacar al pecho “bueno” (Kristeva, J, p. 162).

En Kristeva, esta *protopresencia* de la fantasía y con ella la *protopresencia* del Yo, no se limitan a que la pulsión tenga un destino que responda a las condiciones de la realidad externa. Para ésta, este es el punto nodal de la teoría kleiniana; para la actividad psíquica, el miedo y la angustia *fantaseados* tienen mayor preponderancia que la separación *real* entre el niño y la madre. Sea esta separación prolongada, conmovedora o no.

Por medio de este principio se haya una negatividad en la actividad de la fantasía, que transitará por varias etapas antes de alcanzar la capacidad de simbolizar desliziándose por el lenguaje y el pensamiento.

En la misma línea, Casas de Pereda, M (2015), entiende que la negatividad actúa como meollo estructurador del psiquismo. (...)” es un juego de presencia-ausencia que vuelve consistente el símbolo de la negación” (Casas de Pereda, M, p. 27).

Propone tres sentidos diferentes de enunciación.

La negación Discriminativa:

Esta se desarrolla en los comienzos de la vida del bebé haciéndose presente a través del discurso materno. Asimismo, esta negación es propuesta por la madre en las primeras manifestaciones lúdicas de aparición-desaparición, (¡no está-esta!). Es la madre quien inaugura el juego del Fort-da anticipando y propiciando lo especular, la subjetividad anticipada ocupando el lugar de bebé (delegando su propio psiquismo).

No de la prohibición:

Su surgimiento como del límite que proviene del afuera, los intentos de la madre por aliviar la angustia y ansiedad del niño que desliza la modalidad expulsiva del No “no llore mi bebé”. Permiso simbólico que expulsa el displacer que deja huella libidinal en el bebé, pero placer rodeado de límites. El No de la prohibición del incesto. Transgredirlo implica la amenaza de muerte del deseo, el no puedes, no debes, transita en un espacio-tiempo donde se juegan lo bueno/lo malo, posible/imposible, prohibido/permitido, lo lícito/ilícito. (...) “trabajo de un No como límite al placer que hace presente la defensa nodal de la neurosis” (Casas de Pereda, M, 2015, p. 31).

La Negación:

El No del lenguaje verbal, operación simbólica que estructura la psique del bebé que determina un momento de represión, mediando entre la pérdida y la sustitución. Juego de presencia-ausencia, afirmación-expulsión, siendo habilitados por la función materna que introduce la mediación simbólica. “El objeto-perdido de entrada, para Freud- necesita perderse cada vez para que esa simbolización inaugural de la pérdida

tenga consistencia y se habilite la complejización de los procesos de simbolización” (p. 33). De la negación del gesto y la palabra, de la captura psíquica del objeto, surge el sujeto por efecto del trabajo de lo negativo.

6. Reflexiones Finales

En este trabajo se pretende dar cuenta del recorrido que realiza el niño para lograr su estructuración psíquica. Para ello deberá contar con la presencia del Otro que creará las condiciones de posibilidad, los cuidados maternos serán esenciales para el sostén físico y psíquico del niño que deslizándose por los complejos procesos del juego y simbolización le permitirán desarrollarse como sujeto social. Madre e hijo participan de una relación única e intransferible para un crecimiento óptimo del infante, que mediado por caricias, palabras, miradas, sostén y movimientos rítmicos de su madre logra paulatinamente el despliegue de su incipiente psiquismo.

Cuando la madre “suficientemente mala” , comienza a desencantar al niño el cual se encontraba en un estado de fusión e identificación con el objeto ideal (madre), objeto necesario para la supervivencia, debe el niño salir de ese idilio al constatar dolorosamente que aquella no forma parte de su propia persona.

Por lo tanto, cuando las necesidades del infante van adquiriendo mayor diferenciación más allá de la sensación y, la madre que se va alejando cada vez más del modelo de total comprensión de sus necesidades, abren el doloroso y complejo proceso por el cual ya no le adivina lo que necesita, entonces deberá el niño aprender a decirlo con palabras aquello que necesita. Las palabras como signo lingüístico y forma de poder simbolizar las necesidades, nacerá entonces según la perspectiva freudiana, a partir del abandono de ese estado de comunión y fusión con el objeto (principio de placer), pérdida que será entonces reemplazada por el principio de realidad.

Así, el surgimiento del lenguaje como código compartido por una cultura, remite también a una pérdida, ausencia, un alejamiento del ideal: las palabras rara vez podrán expresar en su síntesis la complejidad de las emociones.

El juego como actividad anímica normal se desarrolla como función, otorgándole al niño el poder expresarse, crear, conocer el entorno. Asimismo, para poder jugar el

infante necesita de un medio físico, material, que lo sostenga. La experiencia de la actividad lúdica remarca la importancia del contacto sensible con el objeto, con el juguete o con el movimiento del propio cuerpo (el chupeteo, sus manos) o, el cuerpo del otro, permitiendo iniciar el proceso de estructuración psíquica y el surgimiento de la simbolización. El interés por el juego dará paso al interés por el jugar, con la introducción del concepto de espacio transicional (Winnicott, D,) habilita la creación de un tiempo y un espacio lúdico único.

Todo este recorrido desde el comienzo y, cada día, el infante y luego el hombre/mujer logrará ir deponiendo sus propios deseos frente a los ajenos cuando estos no contemplan a Otro como tal.

7. Referencias bibliográficas

Bernardi, R, Schkolink, F, DíazRosello,J.(1982). Ritmos y Sincronías en la Temprana Relación Madre e Hijo. En Revista Uruguaya de Psicoanálisis. N°61. Mdeo, Uruguay.

Bion,W. (1966). Volviendo a pensar. Ediciones Hormé. Buenos Aires.

Bowlby, J. (2012). El apego y La pérdida: Buenos Aires: Paidós

Casas de Pereda, M. (2015). Estructuración Psíquica. En Revista Uruguaya de Psicoanálisis. N° 120. Mdeo. Uruguay.

Duhalde, Tkach, Esteve et al. (2011).El jugar en la relación madre-hijo y los procesos de simbolización en la infancia. Anu. investig. [Online]. 2011, vol.18 [Citado 2014-11-21], pp. 239-246. Disponible en:<http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-

Freire de Garbarino, M. (1986). La entrevista de juego. En M. Freire de Garbarino, A. Weigle, M. Casas de Pereda, S. Braun de Bagnulo, O. Cutinella de Aguiar, M. Altman de Litvan, P..N. Vallespir, El juego en psicoanálisis de niños (pp.1, 46). Montevideo: APU.

Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En Obras Completas. Capítulo VII.

Buenos Aires. Amorrortu.

Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En Obras Completas.

Amorrortu. Editores.

Freud, S. (1908). El creador literario y el fantaseo. En Obras Completas (Vol. 9, pp.123-135). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En Obras Completas

Amorrortu Editores.

Freud, S. (1926). Inhibición, síntoma y angustia. En Obras Completas

Amorrortu Editores.

Freud, A. (1965). Normalidad y patología en la niñez. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Guerra, V. (2015). El ritmo y la ley materna en la subjetivación y en la clínica infantil.

En Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Nº 120. Mdeo, Uruguay.

Huerin, Zucchi, Duhalde, et al. (2006). Funcionamiento Reflexivo Materno y

Regulación Afectiva en la Relación Madre-Hijo. XIII Jornadas de

Investigación y Segundo Encuentro de Investigadores en Psicología del

Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Recuperado en: <http://www.aacademica.org/000-039/220>.

Klaus, Kennel. (1978). La relación madre-hijo impacto de la separación o pérdida

prematura en el desarrollo de la familia. Editorial Médica panamericana.

Klein, M. (1882-1960). Relato del psicoanálisis de un niño. En Obras Completas.

Buenos Aires. Paidós.

Klein, M. (1930). La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo.

Buenos Aires. Ed. Hormé.

Klein, M. (1932). Fundamentos psicológicos del análisis del niño. En Obras Completas.

Tomo 1. (pp. 23-135). Buenos Aires: Paidós.

Klein, M. (1952). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé.

Desarrollos en Psicoanálisis. Bs.As. Ed. Hormé. 1967.

Kristeva, J. (2000). El genio femenino: 2. Melanie Klein. Buenos Aires: Paidós.

Laplanche, J, Pontalis, J. (1971). Diccionario de psicoanálisis. Barcelona: Editorial

Labor.

López de Caiafa, C. (2009). El objeto-el otro, pensados a partir de ideas de D.

Winnicott. En Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Nº 108 Mdeo, Uruguay.

Rodulfo, R. (1996). El niño y el significante. Un estudio sobre las funciones del jugar en

la constitución temprana. Editorial Paidós.

Segal, H. (1979). Introducción a la obra de Melanie Klein. Editorial Paidós.

Buenos Aires.

Vegh, I. (2006). Las letras del análisis. ¿Qué lee un psicoanalista? Buenos Aires:

Paidós.

Winnicott, D. (1975). El proceso de maduración en el niño. Editorial, Laia, Barcelona.

Winnicott, D. (1979). Realidad y Juego. Buenos Aires: Gedisa.

Winnicott, D. (1993). La teoría de la relación entre progenitores- infante. En Winnicott,

D. (Ed.), Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional (47- 72). Buenos Aires: Paidós